



# INDUSTRIAS Y ESTAMPAS DEL FRÍO

Por ESPERANZA RUIZ-CRESPO

Porque los insectos, los cactus, los gitanos y otras especies más o menos decorativas se desarrollan mejor en verano, se han hecho muchas versiones de que el calor es un gran bienhechor de la vida.

Es probable que las grandes empresas industriales que explotan las playas, los Balnearios, las Sierras—cualquier lugar, en fin, de escenografía natural—opinen lo mismo. Fogaratas de frases, bien manejadas por los mejores técnicos del lenguaje, sirven para agrandar el número de prosélitos...

Pero esto sucede igual al hablar de las ventajas del frío, por supuesto. Parece que el organismo y el bienestar del hombre sincronizan perfectamente con los climas o paisajes que prefiere...

El verano, pues, favorece unas industrias; del frío se benefician otras. Desde el negocio en gran escala de importación y confección de pieles suntuosas, a la mínima ganancia de esas vendedoras, tan gratas a los saineteros, que prestan un innegable sabor otoñal a los rincones de Madrid: las castañeras.

## CHINCHILLAS, ARMIÑOS, GAZAPOS

Elegancia señorial de las pieles. Abrigos de astracán persa, de marta cibelina, de visón... Capas ampulosas de zorros plateados... Diez, doce, quince, veinte mil duros sobre una silueta de mujer. La coquetería halla buen margen para situar sus ambiciones y sus sueños. Un buen gabán—opinan ellas—viste, abriga, consolida el crédito social de su poseedora y, por lo tanto, constituye inmejorable inversión de las ganancias que produce el trabajo o el ingenio del hombre.

Son, en resumen—siguen opinando las mujeres—, economías suntuosas y bien dirigidas. Arte de triunfar en la vida, porque a aquel que demuestra su potencia creadora o encauzadora, se le abren nuevos caminos para avanzar. Y el mejor escaparate de estas actividades bien remuneradas es, para un hombre situado socialmente, su mujer.

Así, un capital invertido en pieles renta amplio margen de crédito en empresas y negocios. Por otra parte—lección de política económica otra vez—, un abrigo de paño, por muy lujosa que sea la firma de su creador, marchitará toda su elegancia en un año, en tanto que las pieles que nos legaron animalitos más o menos inofensivos o fieras extraordinarias, resisten el paso del tiempo sin perder encanto.

Es verdad que ahora las pieles alcanzan precios de auténtica joyería. Las guerras han dado consistencia real a las fronteras, y allá en los nórdicos países que alimentaban este comercio, los hombres tienen más dramático quehacer y han descuidado las cacerías. Vitrinas que imantan las femeninas miradas: cada abrigo ostenta, soberbio, una etiqueta con muchas cifras y un nombre exótico. Es posible que existan falsificaciones bien conseguidas y que bajo nombres enfáticos sobrevivan los restos de un infeliz animal de aquellos que antes se criaban con destino a las pajarerías o a los circos, donde solían aparecer en sitios raros: pañuelos, sombreros, calvas relucientes de hombres gordos... Es posible también que, en su estado original, alguno de estos modelos orgullosos fuera víctima del perejil de una cocinera vengativa.

De gazapo a chinchilla, lanígera o armiño. De cordero recién nacido a astracán... Por si acaso, las preferencias del mercado exigen pieles inconfundibles. Zorros cuya proverbial malicia no logró preservarles (nadie escapa a su destino), y que

